

RIVERA, Juan Antonio: *Lo que Sócrates diría a Woody Allen. Cine y filosofía*. Espasa Calpe, Madrid, 2005, 356 pp.

Durante todo el siglo XX se escribieron varias obras sobre el cine desde la reflexión filosófica. Algunas de ellas estaban dedicadas más al medio académico que a un público general. Consistían, a veces, en densos ensayos y estudios sobre algunas películas, y sobre todo, con respecto a la estética cinematográfica. Sin duda, muchas contribuyeron a una mejor discusión y comprensión sobre este medio artístico tan complejo. Pero el cine sigue siendo un fenómeno que todavía está un poco al margen de un tratamiento filosófico.

Conspira contra ese tratamiento la manía de muchos pensadores, sobre todo en las últimas décadas, de creer que para decir cosas contundentes y sólidas, deben decirlos de la manera más complicada y abstrusa posible. Olvidan la vieja máxima, siempre nueva y joven en filosofía, de que pensamos más y mejor con claridad que con oscuridad. Para un fenómeno tan dinámico, tan “vivo” como el del cine, vale la pena preguntarse si no debiéramos cuestionar nuestros métodos a la hora de abordarlo desde la filosofía. Pues el cine por principio está abocado al acto de comunicar, transmitir, trascender hacia un público. Por ello, esa profundidad o densidad con que se le quiso y se le quiere estudiar desde la filosofía, contrastan poco felizmente con la evidencia rotunda de la imagen y la trama en la pantalla. Un film regularmente hecho, en dos o tres horas nos presenta una tesis, unas hipótesis, unas propuestas, unas preguntas, unas soluciones, unas tendencias, unas derivaciones, y muchas aristas o direcciones hacia distintos rumbos del pensamiento, cosa que no en todos los escritos filosóficos está presente de una manera tan expedita. Ello hace que muchos de esos tratamientos filosóficos sobre cine sean más un material de estudio (y de estudiantes) trabajoso y farragoso material, que una bienvenida y oportuna invitación a meditar sobre cuestiones que, no por ser más “ligeras”, no por estar más cerca de las vivencias de todos nosotros –incluyendo los que transitamos por el estudio de la filosofía – dejan de ser menos interesantes o pertinentes o profundas.

Una excepción a tal estilo de tratamiento es la obra que aquí se reseña, la cual, en diecinueve capítulos examina y piensa distintas películas, famosas y no tan famosas, en relación a temas filosóficos que pueden vincularse, ejemplificarse o discutirse con relación a sus tramas y argumentos.

Su autor es el español Juan Antonio Rivera (1958), catedrático de filosofía, quien cuenta en su haber varias autorías y participaciones en libros y artículos de revistas especializadas. La presente obra, más que constituir un ensayo filosófico sobre cine, pretende ser, como bien lo dice el autor al inicio de la misma, “una introducción a la filosofía para amantes del cine y una introducción al cine para amantes de la filosofía (filofilósofos)”, (p. 13). Facilita tal introducción un estilo ágil e impecable, que hacen grata y atractiva la lectura. Muchos libros en filosofía “nos dejan soltarlos”, pero este es uno al cual nos resistimos a dejarle. No sólo nos invita a su lectura, sino a su relectura, y esa incitación a reincidir ciertamente es ya poco común. No es extraño que, en reconocimiento a sus méritos literarios, cuando fue recién escrito, en 2003, su autor ganara el Premio Espasa en la categoría de Ensayo.

El libro está dividido en dos partes (el autor las denomina “primera bobina” y “segunda bobina”). En la primera, examina en cinco capítulos lo que él titula “Cuestiones Psicológicas”. Trata allí sobre varias películas (*El Coleccionista* de William Wyler (1965), *Hannah y sus hermanas* de Woody Allen (1986), *El ciudadano Kane* de Orson Welles (1941), *La naranja mecánica* de Stanley Kubrick (1971), y *Calle Mayor* de Juan Antonio Bardem (1956). La segunda parte la titula “Cuestiones morales”, y en catorce capítulos escribe sobre varias películas, entre las cuales están: *La ley del silencio* (*On the waterfront*, 1954, de Elia Kazan, con las excelentes actuaciones de Lee J. Cobb y Marlon Brando), *El triunfo de la Voluntad*, magistral documental de Leni Riefenstahl (1934), *Casablanca*, de Michael Curtiz (1942), una de las mejores películas malas realizadas, y otras como *Matrix*, *Blade Runner*, *Desafío total*, *Días sin huella*, *La rosa púrpura de El Cairo*, etc. El autor, a través de cada uno de esos filmes, y comparándolos unos con otros, nos va mostrando como cada cineasta, con mayor o menor maestría, pero en todo caso con clara intención, nos ofrece construcciones en las que podemos, casi a manera de un laboratorio filosófico, mirar y ensayar las conductas morales, las implicaciones políticas, culturales e históricas, o aún las complejidades psicológicas que moldean e influyen en los hechos de nuestra existencia. Su examen no siempre redunde en alabanzas: muchos filmes merecen observaciones críticas y cuestionamientos sobre lo lícito de las ideas que se nos están ofreciendo en la trama. Ciertamente, como nuestra época no se cansa de clamar, ya no quedan (o casi no quedan) inocencias. Pero tampoco por ello se ha de concluir en que todo son culpabilidades y malas intenciones. Hasta las películas más “tendenciosas” o “ideológicas”

(como *El acorazado Potemkin* o la mencionada *El Triunfo de la Voluntad*) pueden llegar a ser obras de arte. Ello en todo caso pone a la luz de la discusión la naturaleza problemática, aporética diríase, de la obra de arte, y en este caso, de la obra de arte cinematográfica. Rivera, ciertamente, no va en esta obra a lidiar específicamente con tales temas, pero me parece que ya hace una gran tarea al ponernos *frente* a ellos, haciéndonos intuir la dimensión de esos problemas e introduciéndonos en una perspectiva filosófica sobre el cine. Y creo que ese es uno de los mejores logros de este libro.

Luis Vivanco Saavedra
Universidad del Zulia, Venezuela
luisvivancosaavedra@gmail.com